

Decimocuarta Conferencia. 15 de noviembre de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

Antes de abordar el tema debo formular un pequeño ruego y diré algo que considero necesario. El público tiene generalmente el derecho de crítica en toda conferencia; pero yo no puedo conceder plenamente este derecho. Mis conferencias no tienen fines instructivos o culturales, sino que constituyen una parte de mi tratamiento; por eso es necesario que ustedes crean en ellas. Creer es cosa ardua, y no puedo arrebatárselas a ustedes el derecho a su libre opinión. Pero hay que hacer el esfuerzo de creer, hay que tratar de acallar en uno mismo todas las dudas. No tiene sentido refutar con la razón consciente cuanto aquí se dice. Es fácil encontrar falso esto o aquello; pero éste no es el propósito del ejercicio. Ustedes han llegado hasta aquí para recibir ayuda. Lo que yo doy es un remedio, un medicamento. Si le arrojan por la ventana, más vale no acudir a casa del doctor y arreglárselas solo. Por eso, hay que dejar de dudar, en la mayor medida posible, de lo que digo. De lo contrario no avanzamos y nos veremos impulsados cada vez más en una dirección desfavorable para ustedes y para mi tratamiento.

No es que se hayan planteado dudas con respecto a mí. Lo más grave es que los oyentes discuten entre sí sobre ello y tratan de ponerse de acuerdo acerca de lo que consideran justo o falso. Esto no tiene ningún sentido. Además, tampoco es de su competencia, porque éstas son cosas nuevas para ustedes. No hay que dejarse influenciar por terceros. En mis tratamientos uno renuncia a su propia personalidad y a su propia voluntad y dice: "haz conmigo lo que quieras, estoy dispuesto". Yo tenía el deber de formular esta observación preliminar porque he observado ciertas alteraciones que hacen ilusoria la finalidad de mis conferencias. Hay dudas bastante generalizadas, y quisiera abordarlas. La mayoría de las dudas surgen en relación a mi afirmación de que no hay males del cuerpo y males del alma, sino que ambos son una misma cosa y que las aparentes diferencias se basan simplemente en que el ser humano es lo bastante singular como para concebir la individualidad en dos partes. En mi opinión, se trata de una idea completamente falsa y quiero tratar de explicar bien esta opinión.

Toda nuestra infancia y nuestra juventud se han desarrollado en una época caracterizada por el más grosero materialismo, según el cual se creía poder resolver todas las dificultades de la existencia mediante leyes físicas y químicas, alcanzando la ciencia una importancia que no debía tener. En el curso de estos dos últimos decenios hemos visto cómo los descubrimientos científicos no contienen más de una pequeña porción de la verdad, la cual no es en absoluto ninguna solución. Todos nuestros descubrimientos científicos están elaborados, de un modo demostrable, sobre postulados falsos. Operamos con nociones fundamentales que son falsas. De ahí que sea ilusorio creer que se pueda alcanzar de esta manera una solución a los problemas de la vida. En mi trabajo, la idea de fuerza vital desempeña un gran papel. Hace un siglo, todo el mundo creía que el ser vivo poseía una propiedad especial que los seres inanimados no tenían: la llamada fuerza vital. Luego surgió la idea de que esto no era cierto; la lanzaron los discípulos de Hohannes Müller en la década de los treinta. Lo explicaban así: no es posible; no hay diferencia entre animado e inanimado.

Y con esta afirmación se ha vivido durante setenta años y se han realizados grandes progresos. Después se pensó que finalmente esto no era del todo exacto, que un erizo es, aunque nos pese, distinto de una silla, y con la intención de estudiar con más detenimiento este misterio se resucitó de nuevo el concepto de fuerza vital. Ha surtido una nueva doctrina que dentro de algunos decenios será seguramente descartada también.

A lo más lejos que podemos llegar es a formarnos analógicamente una imagen de lo que ocurre fuera y

dentro de nosotros.

Es fácil comprender de qué modo mi exposición se refiere a esto. He afirmado que en la vida del alma hay procesos que nosotros no conocemos; son los procesos inconscientes, que son los más importantes, los que gobiernan la vida y la hacen sana o enferma. En este punto es donde se me plantean las dudas. Es difícil imaginarse cómo es posible que partiendo de los procesos del alma se puedan desarrollar un cáncer, una neumonía o una tuberculosis. Se nos ha enseñado que la tuberculosis la causan los bacilos, y que un hueso se fractura porque al producirse la caída estaba en una mala posición. Hemos heredado representaciones groseramente mecanicistas, químicas y físicas. Pero si ponemos en consideración que un ser humano atrapa la tuberculosis y no otro, si pensamos en que cada ser humano se defiende diariamente con éxito, de estos bacilos, que no le causan daño a uno y a otro sí, que tan pronto los soportamos como no, todo eso debe convencernos de que hay algo además de bacilos. Hay personas que niegan su existencia de un modo absoluto. Estos problemas no están aún resueltos y probablemente no lo estarán en años y siglos futuros, porque son demasiado complejos y delicados, y porque son abordados muy superficialmente. Imaginarse que un individuo tan perfecto como el ser humano pueda ser alcanzado por un poder extraño es un punto de vista medieval que a mí me produce risa. El ser humano se lesiona a sí mismo por razones bien conocidas. No es difícil comprender cómo ocurre tal cosa y con qué fin se realiza. Debo de dar una idea sobre el modo en que ocurre esto, y cómo el ser humano enferma solo, por su propia personalidad, por sus vivencias. Podría comenzar a exponerlo desde los ángulos más diferentes. El ser humano se salva –de cuerpo y alma– en la enfermedad.

Puede hallarse en situaciones en que la enfermedad es para él más deseable que el mismo hecho de estar sano. Todo enfermo y todo médico deberían saber esto. Una de las causas de todas las enfermedades es que en determinadas circunstancias tanto al alma humana como a la vida les resulta más ventajoso estar enfermas que sanas. La enfermedad proporciona una protección. Generalmente, a los enfermos se les trata con mayor suavidad; es lo que la mayoría de ellos dicen vagamente. Y, sobre todo, el enfermo esquiva un sinfín de peligros con los cuales se toparía de otro modo. Este es, especialmente, el caso del niño. Un niño padece una inflamación de la garganta únicamente porque en su vida sucede algo que hace que le resulte más deseable ser una persona disminuida antes que normal.

Ocurre que uno no quiere tragarse una experiencia o una gran verdad y coge un dolor de garganta. A mi hijo se le inflama la garganta cuando alguien de la familia o un amigo se va al frente, y lo mismo ocurre con los dolores de muelas, de cabeza y con toda una serie de enfermedades. El ser humano tiene necesidad de protegerse tras la enfermedad. Esto es válido no sólo en el caso de las enfermedades agudas, como la neumonía, la escarlatina, etcétera, sino también en el de las más graves enfermedades crónicas. Y hasta en el caso del cáncer existe una causa, aunque parezca extraño que el individuo busque protección en el cáncer. El ejemplo más conocido es la enfermedad mental. Si un ser humano sufre experiencias graves, entonces podrá resultarle cómodo convertirse en un enfermo mental. Se encuentra en un mundo nuevo y el antiguo ya no le concierne en absoluto. Este es solo uno de los aspectos que yo deseaba mencionar, pero me agradaría presentar todo el problema de la enfermedad bajo otro aspecto, uno que les resultará más próximo: el aspecto mecánico. Las influencias del alma, la vida subconsciente del alma, son causa de enfermedades. A muchos esto les resulta chocante; pero si se paran ustedes a considerar cómo suceden las cosas, las dudas se desvanecen.

Si se piensa en la ruborización, el asunto es de fácil esclarecimiento; es un ejemplo muy claro. Cuando alguien siente vergüenza, se ruboriza. El rubor se refiere al rostro. ¿Con qué fin se enrojece? En primer lugar, para ocultar la cara. Un niño que siente vergüenza se tapa el rostro con las manos; o lo que es lo mismo: se cubre con rojo, con un afeitado, con una capa; se esconde tras el rubor, y lo hace porque tiene algo que ocultar. El adulto hace exactamente lo mismo. La segunda razón se da únicamente a través de un rodeo: sentir vergüenza es sólo una consecuencia, ya que lo que antes se ha producido ha sido una excitación. Se desea evitar la excitación; toda excitación se comunica a los órganos del bajo vientre. En presencia de amigos, nadie desea que se repare en él en ese instante. El ser humano prefiere impulsar la sangre hacia el rostro antes que permitir su acumulación en el vientre. El bajo vientre se siente entonces aliviado y la excitación ya no puede manifestarse más. La sangre ha subido a la cabeza en vez de ir a los órganos sexuales. Es algo que debe tenerse en cuenta. Cuando sobreviene un enrojecimiento, estamos ante los efectos bastante fuertes

de una enérgica intervención mecánica en la circulación sanguínea. El enrojecimiento puede afectar a una escasa superficie; el color se vuelve apenas rosado o no se modifica por completo; únicamente sobreviene una leve ebullición que de ningún modo llega a la conciencia. Esto se produce mil veces a lo largo del día y de diferente modo según las personas. En el caso de una persona poco sensible no se produce esta emoción, y tampoco aparece el rubor. Otra persona es más emotiva y en ella las conmutaciones se producen con mayor frecuencia y más violentamente. En los niños, las mujeres y los seres muy dotados, son violentísimas. Piénsese ahora en las consecuencias: en la cabeza y el cráneo se encuentran los órganos más importantes del individuo. Allí se alojan todos los instrumentos sensoriales –vista, oído, olfato, gusto- y sobre todo el cerebro. De él depende todo lo demás. Pensemos, por ejemplo, en un ser emotivo, dotado, que durante diez, veinte o treinta años experimenta siempre, a la vista de un determinado objeto, una excitación que tiene que combatir; a partir de ahí puede suponerse que progresivamente sobrevendrán notables perturbaciones físicas. Todos nuestros órganos dependen del sistema nervioso central. En todo caso es comprensible, desde luego, que con el tiempo pueda llegarse a organizar una lesión del riñón si los centros que lo gobiernan están constantemente sometidos a los efectos de una circulación comprometida (alterada). En los nervios o en el cerebro no se pueden descubrir modificaciones anatómicas. Tan sólo podemos llegar a suponer razonablemente que éste es el caso. Podemos descubrir las alteraciones groseras que se producen en el riñón sin que, por ello encontremos en éste el origen de la enfermedad. El riñón no es, en este caso, más que el eslabón final de un proceso crónico que tal vez se ha prolongado durante decenas de años. Y nada prueba en contrario el que alguien contraiga una escarlatina y dos días después presente una inflamación renal; esto no prueba que no estuviera predispuesto a las enfermedades renales. Este ejemplo, fácilmente comprensible, muestra que las perturbaciones de la circulación pueden producir cualquier tipo de enfermedad.

Querría además reclamar la atención de ustedes sobre la idea de energía. Hemos sido educados para que nos controlemos, para que nos dominemos a nosotros mismos, y es sensato. Pero si nos paramos a considerar de qué modo ocurre todo esto, se comprenderá que en el intento de dominarse a sí mismo reside una de las causas más importantes de enfermedad. Cuando uno quiere pensar con precisión, cuando quiere aplicarse, se produce en el cuerpo una transformación mecánica: el ser humano contrae los músculos superiores del vientre. La respiración se bloquea y la parte superior del cuerpo es mantenida en posición recta. Por eso en los ejercicios al aire libre, y en todo tipo de movimientos gimnásticos, se presta atención al hecho de respirar correctamente. Hay quien no necesita dominarse; todo le resulta indiferente, no tiene emociones, no tiene necesidad de dominarse a sí mismo: puede ofrecerse tal como es. Pero hay también a quien el menor pecadillo conmueve emociona y debe tratar de reprimir estas emociones, de no mostrarlas, de impedirles que lleguen a la conciencia. Estos últimos son los seres mejor dotados. Pasan toda su vida con la mitad superior del vientre contraída. Es sorprendente que un altísimo número de personas tengan sobre el vientre una arruga transversal; ésta se ha formado porque esos seres han debido dominarse estrictamente. Ellos no son conscientes, en absoluto; se han acostumbrado desde la infancia. Ya no tienen conciencia de lo que hacen; ése es su estado normal: jamás se abandonan. Poco a poco, el dominio de sí mismo se convierte en un peligro espantoso.

Del individuo que era capaz de abandonarse llegará a no quedar casi absolutamente nada. Desnudarse delante de otro, aunque se trate del mejor amigo, y atravesar la habitación representa un esfuerzo de locos; uno se violenta. Pero la cosa va aun más lejos. Si uno está hablando frente a otro y éste le mira los pies, entonces uno se inquieta y no puede seguir hablando. Los seres humanos se esconden durante toda su vida; por todas partes tratan de echar un velo, procuran ocultarse detrás de un muro, de una barrera; no tienen confianza unos en otros, y siempre necesitan estar fingiendo hipócritamente, ¡como si Dios no hubiese creado nada más innoble que el ser humano! Cuando se piensa en el efecto que esto puede llegar a tener sobre el cuerpo, se comprende que el ser humano esté condenado a sufrir congestiones. Creo que estos ejemplos permiten representarse cómo pueden producirse mecánicamente las enfermedades.

Ahora bien. Si las cosas son como dije, entonces hay que preguntarse: ¿es cierto que sobrevienen tantas emociones, que el ser humano siempre debe dominarse y que constantemente enrojece, que mil veces al día empuja su sangre, erróneamente, hacia la cabeza en lugar de dejarla circular con toda tranquilidad? Así es, y para mostrarlo me agradaría volver atrás en dos palabras. Todo esto deriva de la particular naturaleza del ser humano, que depende, no de su razón, sino de las impresiones sensoriales y de lo que la fantasía

hace con éstas. No nos hacemos una idea exacta del poder de la fantasía, no nos representamos cuán extraordinariamente importante es para el individuo la vida fantasmática. En general, resulta difícil hablar de ella. Tendría que referirme a experiencias personales o ajenas, pero esto tampoco nos daría una idea adecuada de la importancia del asunto. Lo mejor será un pequeño ejemplo, válido en todas partes, tomado de la experiencia general. El ejemplo que se me ofrece en este instante es la actividad poética del espíritu humano, que es una formación de la fantasía ordenada por la razón artística sin lugar a dudas. Ya he dicho que el material más rico con que podemos contar a este respecto son la religión y los mitos. Querría llamar la atención sobre un mito que se refiere a varias cosas de las que ya he hablado. La leyenda de Prometeo interviene intensamente en la vida diaria. Hay en ella dos cosas de las que sólo una nos interesa por ahora, a saber, el modo y la manera de buscar el fuego. A Prometeo se le concibe como el creador de los seres humanos, a quienes modela con tierra; y en la segunda parte de la leyenda Prometeo va a buscar el fuego para el ser humano, su criatura. Va a buscarlo al sol, con una férula y contra la voluntad de los dioses, y por ello se le castiga después. Esta leyenda es un mito muy antiguo. Tiene su origen en la mitología hindú y posee sus particularidades. También en la versión griega hay algo curioso.

El nombre de Prometeo es fruto de una deformación que ha tenido lugar a lo largo de los siglos. Significaría “el que piensa por anticipado”. Se llama Promantha, es decir, el que frotando hace surgir alto. Cuando se considera esto, nos viene a la mente lo que ya dije en su momento acerca del descubrimiento y la producción del fuego. Prometeo va al cielo, hinca en el disco solar una rama de fresno (el fresno también tiene un significado particular) y así es como halla el fuego. De esa misma manera lo producen los pueblos primitivos. Se hace un agujero en un disco de madera y dentro de él se hace girar un palo hasta que por rozamiento produzca calor. El proceso ha quedado simbolizado en la leyenda de Prometeo, y el ser humano tuvo la idea de la madera tierna y el palo duro porque es una repetición del acto sexual. El palo duro del hombre es hincado en el disco tierno de la mujer, y así se provoca la aparición del fuego amoroso, que hace de los seres humanos individuos pensantes, les da fuerza creadora y genera todo lo bello, bueno y noble que hay en el mundo. Prometeo es una sencilla simbolización del proceso sexual. Así como la llama del amor se logra por frotación del mismo modo la llama de fuego se consigue mediante la rotación del palo. Querría rogarles que también ustedes se apropien de este significado. Lo que me induce a interpretar de este modo la leyenda son pequeños detalles que van apareciendo: “palo” y “disco”; pero también algo más que desempeña un determinado papel en la leyenda hindú. En ésta no es un ser humano, un titán, quien busca el fuego, sino un pájaro, un picamaderos, el pájaro de fuego. Este tiene un pico acerado con el que hace agujeros en la corteza de los árboles; otra vez una simbolización del proceso sexual. También la particular estructura de su nido tiene importancia. Es curioso, por otra parte que sea precisamente un pájaro quien trae a la tierra el fuego.

El pájaro es uno de los símbolos más precisos del amor. Nunca se ha representado al amor sino con alas. Eros, nuestros ángeles: el amor es siempre alado, vuela. También esto tiene su razón. En la vida del ser humano hay un solo momento en que éste vuela, un momento en que el hombre se encuentra entre el cielo y la tierra: es el momento del goce sexual supremo. Este vuelo, que coincide absolutamente siempre con el deseo del ser humano de volar, desempeña un gran papel en las leyendas: es un deseo de amor absoluto. Ambas cosas coinciden por completo. Además quisiera llamar la atención sobre esto: el sueño de volar es frecuente y se trata siempre de un sueño sexual. Y también deseo llamar la atención sobre el zepelín. Recordemos cómo ante el entusiasmo creado por el zepelín nuevito, recién aparecido, todo lo demás pasó a un último plano, únicamente porque el zepelín volaba y porque además esta máquina de volar tenía la forma de un miembro viril. No hay que dudarle: No fue así por casualidad. Zepelín no se lo había propuesto: debía hacerlo así. Debemos dar a los descubrimientos técnicos las mismas formas que la naturaleza ha dado a nuestras herramientas sexuales. En el caso de Zepelín se da además un juego. Zepelín es *zappeln*, esto es, patalear, agitarse; es una pequeña broma que se ha permitido la historia y que, aprovechando su antojo, podemos continuar. El interés que durante dos semanas tuvo la humanidad por la nave dirigible resultaba cómico e interesante y venía a confirmar la relación que hay entre el vuelo y el amor.

Vuelvo a la leyenda de Prometeo. El hecho de que en la leyenda hindú sea un pájaro el que trae el fuego prueba aun más que hay una simbolización del proceso sexual. El asunto del vuelo no es una pura invención mía, sino que el eslabón entre pájaro (*Vogel*) y amor se encuentra en el término *vögelin*: besar. No hay

alegato más pavoroso en contra de la mojigatería de nuestra época como el de que no se pueda emplear un término tan expresivo y hermoso, que devela y santifica todo el problema. Ya he hablado acerca de las razones de que las cosas sean como son. Es lamentable que el mundo haya llegado a ser así. Esta leyenda es un ejemplo. Me agradaría abordar estas cosas bajo un enfoque que no es el del mito y trasladarme al mundo de los cuentos. ¿Qué significado hay en el cuento? Para comenzar, representémosnos la situación de Caperucita Roja. Es un relato que se les cuenta a todos los niños y suele pensarse que no hay nada más detrás. Tratándose de un cuento, esto último nunca es cierto. Un cuento únicamente puede brotar de lo más hondo del alma humana. Y no hay peligro de equivocarse si pensamos que detrás de todo cuento se encuentra Eros. Caperucita Roja no es una niña; es el miembro de un hombre, puesto que ahí encontramos el pequeño sombrero rojo. Se comprende, entonces, que el sombrero rojo sea tragado por un gran hocico de lobo y que allí se atasque y el vientre tenga que ser abierto para que Caperucita Roja resurja indemne. Es una simbolización de la procreación y del alumbramiento. Casi en cada palabra de todo cuento bien conservado puede encontrarse un simbolismo. Las religiones nacen de lo inconsciente, de la compulsión más profunda, y no tienen absolutamente nada que ver con la razón, la cual tampoco ejerce dominio, por lo demás, sobre el cuento. Sin que la humanidad lo quiera, estas cosas entran en juego, porque son las cosas que rigen la vida. En todo cuanto sucede puede descubrirse un motivo sexual, y hay que hacerlo, si se quiere sanar. Menciono lo de Caperucita Roja porque es el cuento que más a menudo se les cuenta a los niños al principio. ¡Qué cómico se ha vuelto el mundo! Por un lado se le oculta al niño todo lo que concierne a la vida sexual, y por otro se le narra este cuento. A su modo, los niños lo comprenden, si todavía son pequeños y espontáneos; después lo olvidan.

Querría señalar otro producto del arte, una canción con la que han crecido todos los niños alemanes: *Ein Männlein steht im Walde, so ganz allein* (“Un hombrecito está en el bosque, tan solitario”). Es exactamente lo mismo. También aquí la vida se burla de las tonterías de los seres humanos que intentan educar a sus hijos en la ignorancia y que por otra parte les enseñan una canción como ésta, cuyo significado el niño comprende. El adulto es demasiado tonto para comprenderla. Tampoco el autor de la canción lo hizo. El hombrecito en el bosque con un sombrero rojo es el miembro viril. Ahora se ha difundido el consumo de hongos y se oye hablar de intoxicaciones. Habría menos intoxicaciones de este tipo si los seres humanos no sintieran inconscientemente que el hongo es el miembro viril. Hay hongos que tienen cabalmente el aspecto de éste, pero también están los otros; los hay con su prepucio, su glande, en fin el miembro viril en erección. Esto hay que comérselo, y no es sorprendente que los seres humanos sufran náuseas, vómitos y envenenamiento. Ciertamente hay envenenamientos reales, pero también hay un sinfín de envenenamientos provocados por hongos perfectamente comestibles.

Muchos seres humanos conocen estas relaciones; son muchos los que advierten en el mundo estos singulares símbolos, los reconocen y reaccionan consecuentemente. Pero no se atreven a mostrarlo y lo ocultan ante el prójimo. Por lo tanto, se encuentran en una situación en que siempre tienen que dominarse a sí mismos y sentir vergüenza.

Tomé como punto de partida la leyenda de Prometeo porque querría hacerles ver que la captación de los símbolos no fue inventada por Freud ni por mí: son algo que siempre se ha advertido y se ha intentado elaborarlos. ¿Qué es el sol? Es, sin duda, el símbolo de un ser humano. Para algunos pueblos, el sol es masculino; para otros, femenino. En alemán el sol se ha hecho femenino: *die Sonne*; corresponde a la idiosincrasia alemana. El sol es redondo y todo lo redondo es femenino. Hay rayos: es el orificio con el vello del pubis. Cuando en las calles de Pompeya y en el foro romano reparamos en ciertos dibujos, comprobamos que tienen un parecido asombroso con los dibujos del sol que hacemos nosotros. También nosotros tenemos la conciencia absoluta de que el sol es una mujer, algo que da amor y calor, y que esparce así sus beneficios. Pero también nos lo podemos representar de otra manera: el sol como elemento fecundante. Los rayos que lanza nos llevan hacia lo masculino, a Helios. El rayo entra aquí en consideración: es el rayo de orina del hombre y la eyaculación del semen. El dardo, la herida y el envenenamiento, y también la flecha: todos estos símbolos son válidos con relación al varón. La simbología nos parece lejana porque se nos ha inculcado que todo puede resolverse mecánicamente. Hemos hallado un nuevo ídolo y lo adoramos: es la ciencia, una falsa ciencia que obsesiona las mentes de los profanos que jamás se ocupan de ella. La ciencia investiga, pregunta; no puede resolver las cosas. Hablar de ciencia exacta es un absurdo monstruoso y lleva

al desastre. Si la ciencia fuese exacta, todo podría saberse. Pero ni nuestros ojos pueden ver exactamente nada, ni nosotros mismos podemos comprender ni pensar con toda exactitud; no hay en el ser humano nada que sea capaz de ello. Es antiquísima la doctrina que asevera que nada de esto es posible, que no existe una ciencia exacta. No hay, pues, porqué asombrarse de que todo ande al revés y a contrapelo, ni de que nuestra cultura se hunda cada vez más y se haga superficial.

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 11-ex-37